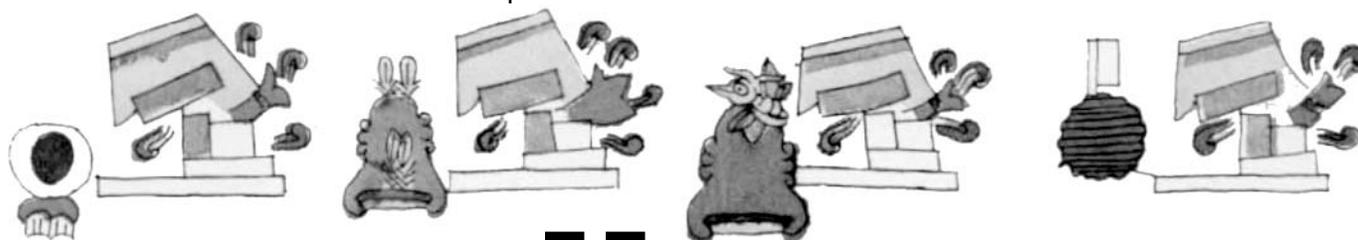


## Los *Anales del Museo Nacional de México*: un filón para la historia moderna de la historia\*\*



...escribimos para instruirnos y no para enseñar.  
Voltaire

**U**no de mis intereses actuales es la investigación histórica de la formación de la disciplina moderna de la historia. Este propósito se corresponde con el momento reflexivo que atraviesa el quehacer de las ciencias sociales y de las humanidades. Y he encontrado en el motivo de esta presentación un material privilegiado para reflexionar sobre la conformación del discurso histórico moderno en México. Su contenido es de gran atractivo debido a la multiplicidad de objetos articulados alrededor de la historia, y también fascinante por la posibilidad de la reconstrucción histórica de nuestras disciplinas. Seguramente, después del *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía e Historia* y del *Diccionario Universal de Geografía e Historia*, entre 1830-1860, la publicación de los *Anales* sea una de las piezas indispensables para reconstruir el rompecabezas de la historiografía científica y sus variaciones. Algunos de sus pioneros como Manuel Orozco y Berra y José Fernando Ramírez serían algunas de las piezas que darían vida después a las páginas de los *Anales*.

\* El Colegio de México.

\*\* Ponencia leída en la presentación del *DVD* y *CD-ROM Anales del Museo Nacional de México*. Colección completa 1877-1977, México, INAH / Fundación MAPFRE-TAVERA, 2002. Museo Nacional de Antropología, Auditorio Jaime Torres Bodet, 11 de diciembre de 2002.

Quiero agradecer sinceramente al doctor César Moheno la oportunidad de presentar y hacer algunos comentarios sobre la colección íntegra de los *Anales del Museo Nacional*. Estoy seguro que esta edición digitalizada en formato *DVD* y *CD-ROM* enaltece a los directivos del INAH y a quienes la han hecho posible con su trabajo y su empeño. ¡Enhorabuena! También para mí es un honor participar en la mesa integrada por tan distinguidos especialistas en la antropología, etnología y arqueología.



Una de las grandes ventajas de esta publicación es su duración. El siglo de su permanencia permite observar a la largo de sus ocho épocas la intervención en sus páginas de nuevas generaciones, las variaciones, encuentros y desencuentros entre las disciplinas. De alguna manera se convierte en una ventana privilegiada para atisbar la fragmentación actual y la crisis de las disciplinas sociales y de las humanidades. Se vislumbra también la importancia del Museo Nacional de Historia como un espacio de difusión de la cultura histórica, de formador de nuevos especialistas y de la creación de nuevos boletines y publicaciones que colmarían el siglo XX.

No cabe duda que la compilación digitalizada de este material viene a cumplir una función capital para la investigación histórica. Constituye un archivo integrado de fácil lectura, un instrumento insuperable para volver a mirar la forma como la mirada de la historiografía se estructuró en México a partir de 1877. A cambio de no disponer de la materialidad y textura propia del papel y de la tinta impresa, con este disco compacto se gana en rapidez y agilidad, una mayor flexibilidad que ayuda a palpar un panorama que se despliega en la pantalla a la manera de un gran gobelino salpicado de imágenes y textos que esconden a su vez sus propios secretos.

Voltaire, padre de la Ilustración francesa, escribió en 1764 en su *Diccionario Filosófico*:

Varios pueblos vivieron mucho tiempo y viven todavía sin anales. En toda América, o sea en la mitad del globo, sólo los tuvieron México y el Perú, y estos anales son relativamente modernos, porque no contamos los cordelillos con nudos con los que los peruanos recordaban los principales hechos, antes de que conocieran la Escritura. Tampoco conocieron nunca anales las tres cuartas partes de África. Aun en la actualidad, entre las naciones más



Urna cineraria totonaca, de barro.

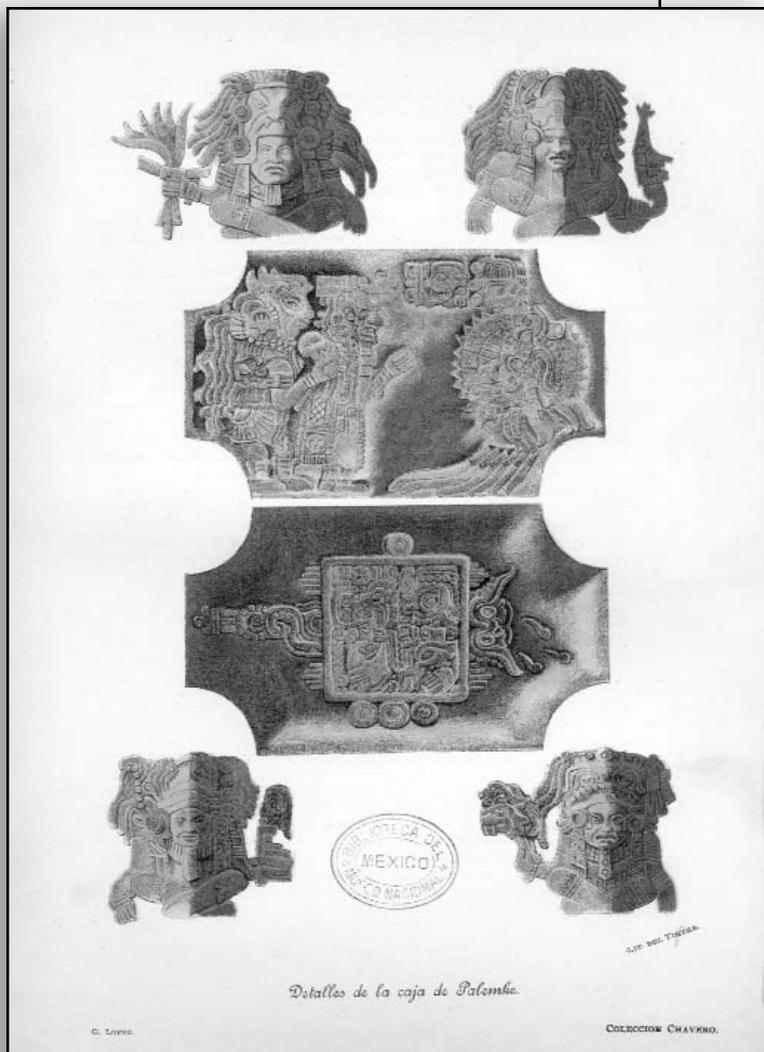
ilustradas, que usan y abusan del arte de escribir, puede contarse por lo menos el noventa y nueve por ciento del género humano que ignoran lo que sucedió en su país más allá de cuatro generaciones, y apenas si conocen el nombre de sus bisabuelos [...] ...no conocen otros anales. [...] Esto prueba (incluso en las aldeas europeas donde apenas habrá dos hombres que sepan leer y escribir) que el género humano no ha tenido la necesidad de monumentos históricos para cultivar las artes que son indispensables para la vida.

Y no se puede, añade:

...llamar anales a los fragmentos de historia, vagos y des-  
cosidos, sin fechas, sin ilación y sin orden: esos son enigmas que la antigüedad propone a la posteridad, y ésta no comprende.<sup>1</sup>

Desconocemos si este pequeño grupo de mexicanos se inspiraron o no en lo apuntado por Voltaire para dedicar su tiempo a descifrar los enigmas de sus restos arqueológicos, geológicos y paleontológicos, y a escribir la historia de México a partir de los textos y códices

<sup>1</sup> La primera edición del *Diccionario Filosófico* se realizó en 1764, que fue creciendo en ediciones sucesivas hasta 1769. Voltaire, *Diccionario Filosófico* (prol. Fernando Savater; ed. Ana Martínez Arancón), Madrid, Temas de hoy, t. 1, 2000, pp. 137-138.



antiguos. Queda claro que en el siglo XIX están dadas las condiciones políticas y materiales para ahondar en el interés de establecer los anales históricos fundados en el desarrollo de la escritura. Se trataba de escribir la historia de la flora y la fauna de México, de su suelo y de sus habitantes a partir de sus resabios impresos en la naturaleza (fósiles), o de los restos abandonados o archivados por sus habitantes. Era un gran complejo de objetos de toda índole regados por el subsuelo de sus plazas y de su territorio, o visibles gracias al empeño y curiosidad de viejos coleccionistas privados, nacionales o extranjeros.

Lo que distingue a esa clase de materiales es su carácter discontinuo: objetos que en algún momento cayeron en desuso o fueron sustituidos por otros. La cuestión está en saber cómo estos objetos fueron reinscritos dentro de un *continuum* narrativo. Aquí parece

observarse que el relato sobre los orígenes del México moderno —esa búsqueda del hijo por la identidad paterna— se puede rastrear en el periodo de la monarquía borbónica. En ese sentido el legado de Gama y de Clavijero, y de otros historiadores y coleccionistas como Borturini, son como los abuelos de esta nueva generación de historiadores liberales, o al menos acogidos bajo el manto del gobierno liberal del periodo porfirista.<sup>2</sup>

¿Cómo la modernidad liberal se ha apropiado del pasado y para qué?

**R**espuestas posibles: para generar una identidad que no se tiene; para cubrir la orfandad en la que ha quedado el país después de la Independencia; para servir de ornato y dar brillo a la nación, o para dar lustre al gobierno ante la mirada extranjera. Todas esas respuestas sin duda ofrecen una parte de la verdad. Sin embargo, hay un aspecto que llama especialmente la atención en algunos de sus escritos: el ardor y la pasión por descubrir la verdad del pasado. Dentro de sus propósitos se trata de fijar la verdad que se les oculta y se les resiste en la multiplicidad de objetos antiguos o textos que refieren a otros textos y anales antiguos. Sólo una creencia muy poderosa en la posibilidad de verdad que asocia el progreso a la ciencia parece sostenerla. Está presente una gran fe en la capacidad para desentrañar los secretos, los enigmas del pasado, hecha con ardor, pasión, caballerosidad y cortesía. Se trata de una generación que mira con optimismo el futuro buscando inscribir sus orígenes ya no dentro del relato bíblico sino dentro de la historia natural y cultural: la primera se manifiesta en los restos pétreos, los fósiles; la segunda en los objetos humanos que han ido quedando a la deriva o en las colecciones privadas. Sostiene a ambos, empero, la búsqueda irrestricta por la verdad histórica.

<sup>2</sup> Véase Luis Gerardo Morales, "Ancestros y ciudadanos (El Museo Nacional de México, 1790-1925)", México, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad Iberoamericana, 1998.







manera que la pregunta que ahora podemos hacerle a quienes intervinieron en esta publicación no es tanto si consiguieron develar los enigmas y misterios del pasado, sino más bien cómo el presente escribió su historia. La cuestión a develar es saber cómo ese presente se hizo cargo, se responsabilizó de ese mundo que en circunstancias muy diversas le dio por enmudecer.<sup>4</sup>

Un cierto agotamiento de estos objetos ha conducido incluso a la renovación y remozamiento de las “viejas” zonas arqueológicas; incluso ha aparecido una nueva especialidad que busca el origen ya no en la antigüedad sino en la arqueología industrial, ocupando y yuxtaponiéndose al lugar ocupado por las antigüedades. En cierto modo, los cien años de esta publicación dan cuenta del auge de la primera antigüedad moderna de México y su desaparición y transformación. Un nuevo conjunto de publicaciones y de cuestiones después de 1977 testimonia la apertura a nuevos objetos antiguos

<sup>4</sup> Véanse al respecto las reflexiones desarrolladas por Michel de Certeau en “La economía escrituraria”, en *La invención de lo cotidiano I Artes de Hacer*, tr. Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana, 1996, pp. 145-176.

o modernos para la historia, la arqueología, la antropología, la paleontología.

Los *Anales del Museo Nacional* y sus comunicaciones dan testimonio del auge del historicismo mexicano cuando se descubrió que también los objetos de la naturaleza tenían una historia, y que eran sujetos del análisis histórico. En el momento de la fundación de la revista, las ciencias de la naturaleza se encontraban todavía hermanadas con las ciencias de la cultura en torno a los principios de la hermenéutica o arte de descifrar los secretos de los objetos antiguos. Sin embargo, ya en la segunda época de la publicación —durante el primer decenio del siglo XX— se advierte una fisura dentro de esa confraternidad científica. En 1906 la historia natural se disocia de la cultural para seguir cada una por rumbos diversos. Anuncia en cierto modo, como ha sido sugerido por Álvaro Matute, una quiebra de la filosofía positivista, entendida ésta como uno de los intentos modernos por descubrir la unidad de la diferencia entre naturaleza y cultura.

La segunda época de la revista, inaugurada también poco antes de la Revolución, inserta en sus páginas el rescate de las comunidades indígenas “supervivientes” en el presente, matriz de lo que sería el “indigenismo revolucionario” de la década de los años veinte. En 1909 aparecieron los primeros reportajes en vivo y en directo de esas comunidades, dejando ver que ya no sólo interesaban las antigüedades, sino también las personas vivas para ser sujetadas a nuevos tipos de escrutinio antropológico. Era la fotografía que mostraba sus rostros, sus cuerpos, su *habitat*, y la que paulatinamente también sustituiría a la litografía en el arte de representar los objetos.

Es incuestionable el valor de este pequeño tesoro informativo de los avatares de las ciencias sociales y humanas contemporáneas. Su edición digitalizada constituye un hito, un hilo fundamental para rastrear la aparición y desarrollo de estas disciplinas—hoy dispersas y fragmentadas y con grandes dificultades de comunicación entre sí.

